

Ciencia e iniciación

Educación.

Revista. N°31, diciembre 1970, Puerto Rico.

Entre maestro y discípulo hay dos especies de preguntas: la que el maestro hace al discípulo y la que el discípulo hace al maestro. En verdad que el maestro ofrece al discípulo una enseñanza que excede a las preguntas del discípulo, ya que éste no podría siquiera preguntar adecuadamente si no estuviese encaminado ya en la ciencia de que se trate. Y así el educador, el verdadero maestro, enseña al discípulo a saber interrogar; que quizás sea lo más difícil hacer con justeza, de manera que la respuesta, como un pez, salte, o que salte la imposibilidad de las respuestas.

Cuando esto último sucede, otra pregunta viene a sustituir a la de imposible contestación, lo cual no es tan fácil. Tampoco para que una pregunta de imposible respuesta haga aparecer otra que puede obtenerla, si no inmediatamente, con el tiempo, es menester que esa primera pregunta sea como una flecha que apunta a un blanco más allá del horizonte de lo posible, pero que siga la línea y la dirección del horizonte humano, de la universal razón.

Cuando se trata de la investigación, del descubrimiento, del pensamiento creador, en suma, el discípulo es el sabio que interroga a su

maestro que es la naturaleza o la realidad. Y aquí también sucede que la naturaleza o la realidad ofrece a su discípulo mucho más de lo que él sea capaz de recoger, y que haya, ante todo, de conducirlo a interrogar adecuadamente. Sucede también que la pregunta del sabio quede sin respuesta, y solamente tras de larga espera se le dé una respuesta o un comienzo de respuesta.

Mas en ambos casos se trata de preguntas y respuestas que se refieren al orden del pensamiento. Hay otro género de pregunta y respuesta aquella que tiene o que tenía lugar para ser recibida dentro de una orden, de una comunidad, de una sociedad o asociación, donde se custodia un preciado secreto que solamente a sus asociados es accesible; un secreto que a veces, lleva aparejado un cierto poder o poderío. Siempre que de preguntas y respuestas se trata es cuestión de saber sin duda, y en este caso se trata de un saber iniciático, de obtener eso que se llama una iniciación.

La Filosofía empezó siendo una iniciación, ya que los primeros filósofos fueron los pitagóricos, que eran antes que nada iniciados. Y así, entre ellos se distinguen dos grados, por lo menos, que correspondían a dos círculos de saber, la distinción entre la enseñanza exotérica y la esotérica: la que puede llegar a casi todos los oídos —creo que en estos casos de saber iniciático nunca las enseñanzas se ofrecen a todos, sin

* María Zambrano, doctora en Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid. Amplió su preparación filosófica con José Ortega y Gasset en la cátedra de Metafísica dictada por él. Autora de innumerables ensayos y artículos sobre arte, literatura, filosofía y otros aspectos de la cultura. Ha dictado cursos de filosofía e historia en las Universidades de Barcelona, La Habana y Puerto Rico. Autora de *Horizontes del Liberalismo* (Madrid, 1929); *Pensamiento y poesía en la vida española* (México, 1939); *Filosofía y poesía* (Morelia, 1939); *Séneca y la resignación*, *Filosofía y cristianismo*, Don Miguel de Unamuno y su obra, *Breve historia de amor*, *El pensamiento vivo de Séneca*, *La agonía de Europa*, *Persona y democracia*, *La España de Galdós*, *España, sueño y verdad*, y otras obras.

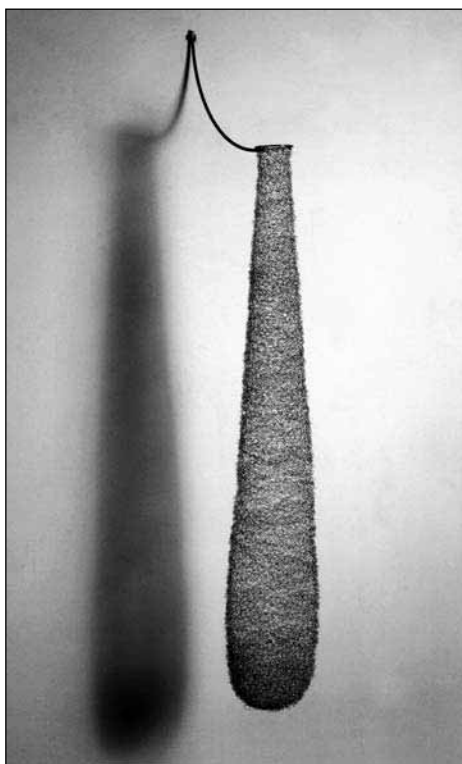
más— y la enseñanza propiamente iniciadora, secreta y envuelta a menudo en símbolos, parábolas, enigmas y frases de doble o triple sentido.

Las llamadas religiones místicas proceden de análoga manera: el verdaderamente iniciado no puede hablar. En el mundo occidental ciertas órdenes de la Edad Media, caballerescas y religiosas al mismo tiempo, como la del Temple, tenían su secreto que ni siquiera era accesible a todos los miembros de la Orden, para no hablar de la Masonería, en sus diferentes grados y formas, los Rosa Cruz, etc. El saber alquímico, en el que se perseguía la obtención de la llamada "piedra filosofal" era y es, si es que continúa, cerradamente esotérico.

Todas estas formas de saber de iniciación vienen remotamente del antiguo Egipto, donde la ciencia era secreto sacerdotal. De que tal ciencia existía hay pruebas más que suficientes. No hemos de pensar, sin embargo, que se tratase de un algo análogo a lo que hoy entendemos por ciencia, sino de un saber que al mismo tiempo que daba poder sobre la naturaleza exigía y lograba del individuo una íntima

transformación. De ahí que a medida que el saber crecía, el individuo sapiente se iba transformando moral y espiritualmente. Un saber total, pues, religioso, científico y experimental. Algo le sucedía al iniciado que al mismo tiempo que le ponía en comunicación con sus cofrades le apartaba de la posibilidad de comunicarse con los no iniciados. Además del secreto jurado, existía, sin duda, una imposibilidad de comunicación. El profano no sabría siquiera preguntar al sabio iniciado de modo que su pregunta desatara naturalmente una respuesta. Hemos de imaginar que si por azar un día llegase ante una de estas comunidades de iniciados alguien que, ignorante de todo, acertase a formular una pregunta justa, una pregunta que incidiese sobre el centro mismo del celado secreto, quizás el hermetismo se acabase y fuera sin más satisfecha su demanda.

En nuestra vida de gentes sin iniciación alguna ¿no sucede que si alguien nos pregunta en modo recto y justo, en debida forma, por determinadas cuestiones que nos afectan, se haga para siempre nuestro amigo y hasta nuestro discípulo y nuestro maestro al par?



ALBERT CASAÑÉ, "Lágrima hueca 2" 2005